

Historia del cuento español (1764-1850)

Borja Rodríguez Gutiérrez

Iberoamericana · Vervuert · 2004

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO I. El cuento español de 1764 a 1800	19
1. Situación inicial	19
2. La prensa dieciochesca y la narración.....	26
3. El origen de los cuentos	47
4. Temas, ambientes y formas.....	52
5. De la moralidad ilustrada a la desesperación romántica.....	62
6. Conclusión	106
CAPÍTULO II. El cuento español de 1800 a 1850	109
1. División cronológica.....	109
2. 1800-1808: Permanencia de la narración dieciochesca	113
3. Cándido María Trigueros: <i>Mis Pasatiempos</i>	131
4. 1808-1831: Política y silencio	140
5. 1831-1850: La explosión de las revistas.....	147
6. El cuento y el cuadro de costumbres.....	150
7. Los temas: histórico-legendarios, fantásticos, de amor, humorísticos, morales, de aventuras, costumbristas	157
Cuentos Histórico-Legendarios.....	158
Cuentos Fantásticos.....	174
Cuentos de Amor	193
Cuentos Humorísticos	198
Cuentos Morales	206
Cuentos de Aventuras Contemporáneas.....	209
Cuentos Costumbristas.....	212

8. Fórmulas narrativas: el cuento dramatizado	214
9. Características: antirromanticismo, extrañamiento temporal, exotismo, violencia, amor prohibido, misterio personal, erotismo, el artista.....	233
Antirromanticismo	233
Extrañamiento temporal	237
Exotismo.....	242
Violencia	244
Amor prohibido	245
Misterio personal.....	249
Erotismo	252
El Artista	258
CAPÍTULO III: Autores principales.....	265
1. Ramón de Mesonero Romanos	265
2. Serafín Estébanez Calderón	270
3. José Negrete. Conde de Campo-Alange.....	285
4. Eugenio de Ochoa	293
5. Pedro de Madrazo	296
6. Mariano Roca de Togores	310
7. Clemente Díaz.....	318
8. Enrique Gil y Carrasco.....	328
9. José de Espronceda	341
10. Miguel de los Santos Álvarez	342
11. Antonio Ros de Olano.....	353
12. José Somoza.....	364
CONCLUSIÓN.....	375
Índice de cuentos citados	385
Índice de autores citados.....	401
Bibliografía	407

INTRODUCCIÓN

El germen de este trabajo puede situarse en unas palabras de Mariano Baquero Goyanes:

El cuento romántico históricamente considerado, casi podría considerarse como la pieza clave, el núcleo engendrador de toda la brillante literatura que luego vendrá. [...] Lo que el Romanticismo viene a resucitar es la forma de narración breve y lo que a ella aporta es su dignificación literaria. [...] Cabe, por tanto, a los cuentistas románticos el haber conseguido categoría literaria para un género normalmente tenido por ínfimo y casi despreciable. Vendrán luego los escritores realistas y aún naturalistas, capaces de servirse de lo que antes había sido molde romántico, rellenándolo con nueva materia, creando un género que pudo parecer nuevo en la literatura de la época, pero que, en el fondo, debía no poco a los añejos géneros románticos.

Baquero Goyanes había situado con precisión el asunto: el análisis de ese núcleo engendrador, de esa pieza clave. ¿Qué hubo antes de los grandes cuentistas del XIX? ¿Qué ocurrió antes de «El monte de las ánimas», de «El amigo de la muerte», de «El pájaro verde», de «El cura de Vericuetos», de «Un duro falso»? ¿Qué ocurrió para que el cuento español, dormido desde que el turbulento infante de Castilla, Don Juan Manuel, culminara su *Conde Lucanor*, entrara de golpe en las páginas de la historia literaria de nuestra lengua a través de Bécquer, de Alarcón, de Valera, de Clarín o de Pardo-Bazán?. Baquero también indicaba la respuesta: el cuento romántico ¿Y que era el cuento romántico?

Un agujero en la historia, un asunto sin estudiar de forma sistemática: eso era el cuento en el período romántico. Y al ser un agujero en la historia era necesario estudiarlo históricamente para rellenar ese agujero, poner un pequeño ladrillo en el inmenso muro de la historia literaria. Un método histórico por lo tanto: búsqueda de materiales, clasificación, caracterización, periodización, evolución; ése era el trabajo que era necesario hacer.

Quedaba determinar donde iba a encontrar los materiales, donde estaban los cuentos: ¿A qué fuentes iba a recurrir? Una rápida ojeada histórica a la primera mitad del siglo XIX dejaba claro que uno de los fenómenos más significativos de la cultura española en aquellos años fue el desarrollo y la definitiva consolidación de la prensa.

La prensa era el medio de publicación de los cuentos; era indudable. La práctica totalidad, con alguna escasa, escasísima excepción, de los cuentos fueron publicados por primera vez en prensa y no en libro. Y la gran mayoría de ellos no conocieron otra forma de publicación que las páginas de las revistas y nunca llegaron a ofrecerse al lector entre las tapas de un libro.

Era por tanto necesario el trabajo de biblioteca y el examen de las revistas para buscar allí los cuentos.

Las bibliotecas españolas guardan en sus estantes centenares de periódicos y revistas que vieron la luz en el agitado y convulso panorama periodístico que en España se desarrolla entre 1800 y 1850. Una auténtica explosión de la imprenta (*La Diarrea de las Imprentas* fue llamada) que arrojó al lector de la primera mitad del XIX una legión inacabable de títulos. Y en tantos papeles de breve vida, hojas volanderas, gacetas individuales, panfletos, revistas de modas, publicaciones profesionales, lujosos álbumes ilustrados, periódicos políticos y partidarios, libelos de propaganda gubernamental, revistillas críticas ácidas y agresivas, publicaciones ilustradas para la familia, boletines de propaganda católica, revistas literarias, diarios de anuncios y vaya usted a saber cuantas cosas más que proliferaban en las imprentas españolas, el cuento.

El cuento, presente en todas estas publicaciones y en otras más que se me olvidan: un género breve, rápido, perfectamente adaptado al periodismo de entonces, un género ideal para llenar una página, dos, tres o veinte si era necesario y que podía ayudar a que los lectores comprasen la publicación que se sostendría así de milagro, al principio, y después con algo más de desahogo, quizás. Poco desahogo porque era una época de periodismo famélico y a salto de mata, en la que los periódicos se devoraban unos a otros y en la que una publicación que duraba más de veinte años se consideraba una anciana achacosa y caduca.

Centenares, miles de cuentos que esperaban en las amarillas páginas de las revistas, en los estantes más escondidos y menos frecuentados de las bibliotecas una revisión. Reyes malvados y bené-

volos, enamorados desgraciados, héroes nobles y malignos villanos, judíos, hechiceros, siervos leales, fantasmas, aparecidos y espíritus, santos y demonios, moros magnánimos y árabes malignos, lugareños groseros y nobles labriegos, burgueses tranquilos y barrigudos, románticos anhelantes y nostálgicos y lánguidas heroínas de rubios cabellos y blancas vestiduras, maduros conquistadores que caen seducidos ante las gracias de una ingenua doncella, apasionadas mujeres de tez aceitunada, y ojos y pelo negros y caballeros españoles ejemplos de moralidad y conducta cristiana. Castillos medievales, bosques oscuros y nocturnos, lugarejos y villorrios de La Mancha, Galicia, Andalucía y Aragón, iglesias abandonadas y misteriosas y plazas mayores en donde galantean las mozas y juegan los rapaces. El Prado con su desfile de carrozas y paseantes a ver y a que les vean. Cafés con contertulios que dejan pasar las horas criticando lo humano y lo divino. Estudios de artistas de todo tipo: poetas pobres y desdichados, pintores pobres y desdichados, músicos pobres y desdichados, lo que sea, pero pobres y desdichados. Las calles de Madrid, en todas las épocas y estaciones con espadas y sin ellas, con embozados y sin ellos, de noche y de día, llenas de religioso celo o de blasfemas empresas. Amores imposibles y desgraciados, venganzas atroces, crímenes y violencias, bailes, paseos, saraos y fiestas, viajes en calesa, a caballo, a pie, perdidos villorrios en donde las viejas narran sus historias una noche junto al fuego, tradiciones lugareñas, cuentos de viajeros, historias de santos, milagros y castigos divinos, novelitas rosas, cuentos cursis, ejemplos de buena conducta, cuentos morales, moralidades y moralinas.

De todo esto y de unas cuantas cosas más nos podemos encontrar en los relatos que se publican en España entre 1800 y 1850.

Pero, evidentemente, no podía ser que todo hubiera empezado justamente en 1800. Por ello la investigación se dirigió también a los periódicos que habían aparecido, pese a todas las dificultades, durante el siglo XVIII. Rebuscando en sus páginas aparecieron una serie de cuentos, o de narraciones que pudieran ser cuentos, o de escritos, artículos o fragmentos que eran, ante todo, narrativos. Unos inicios tímidos, escasos, pero que anunciaban ya lo que iba a ser la gran explosión del XIX. Por una parte narraciones que eran criaturas de la Ilustración: cuentos morales, consejos de buen gobierno, de la correcta educación de los príncipes, de los importantes y de los humildes, ejemplos de conducta, negativos y positivos,

alegorías morales, historias instructivas y exhortaciones al buen gusto. Pero entre todos estos frutos predecibles y esperables también algunas excepciones: historias de terror y amor en cavernas sombrías, enamorados desesperados y enloquecidos dispuestos a destruirse a sí mismos y a su amor y otros que se suicidan antes de separarse, seres desesperados que anhelan la muerte, jóvenes suicidas que abrazan la muerte hastiados de todas las cosas de la vida... Historias, asuntos, personajes que hablan ya el idioma de los románticos.

Después, en el siglo XIX, la realidad de las fuentes nos hablaba de tres momentos bien definidos y diferenciados. Los últimos años del reinado de Carlos IV, en los que los cuentos siguen manteniendo las características del XVIII, porque nada ha cambiado con respecto al siglo anterior, ni el país, ni la prensa, ni la política; el período que se abre en 1808 y que se cierra hacia 1830 con la aparición en la escena política de la Reina María Cristina en el que el cuento queda ahogado entre la efervescencia política y la brutal censura, época convulsa de la que España sale muy diferente a como había entrado y los veinte años que transcurren entre 1830 y 1850: por fin esa criatura, tímida, retraída y enfermiza que era el cuento, dio un vuelco y salió a la luz, lozana y entusiasta, decidida a sumarse con personalidad propia a los géneros literarios 'respectables'.

El grueso del estudio se dedica a la producción que apareció en las revistas españolas a partir de 1830. Una producción que impresiona por el vertiginoso desarrollo de la producción de cuentos. Más de 900 cuentos que he podido consultar se publicaron en sólo veinte años. La cifra es aún más impresionante si se piensa que los veinte años anteriores apenas se llegó a la treintena de relatos.

Era necesario una ordenación, una clasificación de los cuentos para conseguir que ese conjunto de narraciones dejara de ser una amalgama de historias. Las temáticas más frecuentadas marcan una clara diferencia entre la época anterior al reinado de Fernando VII (1800-1808) y el que comienza con la presencia e influencia de la Reina María Cristina (1830-1850). En los primeros ocho años nos encontramos casi exclusivamente con cuatro grupos de temas: los cuentos morales (que son bastante más de la mitad), los de aventuras, históricos y de amor. En los últimos veinte años de la cincuenta se abre el abanico de posibilidades temáticas y nos encontramos con los históricos, de amor, humorísticos, morales, fantásticos,